

disipar las tinieblas de nuestra inteligencia? "Este objeto eterno, dice el autor citado, es Dios, eternamente subsistente, eternamente verdadero, eternamente la verdad misma."¹ Convengamos pues, en que Dios reúne una plenitud de verdad pura como su esencia y eterna como su duración; y por consiguiente, que en él reside la verdad pura, la verdad suma, la verdad eterna, y por lo mismo, una verdad suficientísima para satisfacer el entendimiento humano.

Siendo el bien el objeto de la verdad, es claro que Dios le comprende del mismo modo que la verdad que posee. Comprenderle y amarle es para él una misma cosa; amarle y poseerle es también lo mismo para él: porque una voluntad perfectísima, como la suya, no puede dejar nunca de amar un bien perfectísimo; y una voluntad omnipotente, como la suya, no puede tardar un momento solo en poseerla. Atendiendo á su esencia soberana, nos es imposible descubrir en las fracciones mínimas del tiempo, una sola que separe los actos de conocer, de amar y de poseer; y por consiguiente, conociendo el bien eterno é inmutablemente, le ama también y le posee desde la eternidad y por siempre; y pudiendo decirse á la letra, que no solo es infinitamente verdadero, sino que es la verdad misma, debe afirmarse, por igual razón, que no solo es infinitamente poseedor del bien, sino que es el bien mismo. Resulta de lo expuesto, que en Dios reside un bien purísimo como su verdad, sumo como su verdad, eterno como su verdad; un bien, ántes del cual no hai otro bien, despues del cual no hai otro bien, sin el cual no hai ningun bien; un bien, por último, suficientísimo para llenar los vacíos inmensos de la voluntad.

No siendo la felicidad otra cosa que el sentimiento que inspira en el alma la posesion de un bien, y debiendo el efecto ser proporcionado á la causa, claro es que este sentimiento reunirá los mismos caracteres existentes en la causa que le produce. De aquí resulta, que la posesion de Dios vale tanto como la posesion de un bien puro, sumo é inmortal, y por consiguiente, como el goce de una felicidad pura, de una felicidad suma, de una felicidad inmortal; y por última consecuencia, que Dios es el fin del hombre.

¹ Bossuet. *Connoissance de Dieu et de soimeme.* Tomo 15 de sus obras, edicion de Paris, 1826.

ESTUDIOS FUNDAMENTALES

SOBRE

EL HOMBRE,

CONSIDERADO BAJO EL TRIPLE ASPECTO DE LA RELIGION,
DE LA MORAL Y DE LAS LEYES.

LIBRO CUARTO.

Condiciones transitorias y permanentes de la existencia humana.

ESTUDIOS FUNDAMENTALES

SOBRE EL HOMBRE.

LIBRO CUARTO.

CONDICIONES TRANSITORIAS Y PERMANENTES DE LA EXISTENCIA HUMANA.



IN haber hecho mas que recorrer unas cuantas ideas sobre el estudio del hombre, hemos dicho, sin embargo, lo que basta para comprender la nobleza de su origen y la excelencia inexplicable de su naturaleza. Colocado sobre la tierra, siente el hombre la existencia de una sustancia interior, cuyo poder se extiende á todo el universo: domina por el pensamiento: con su razon abraza todo lo criado; con su voluntad se lanza hasta los cielos. Los siglos parece no dejan de correr sino para trasmitirse unos á otros las grandes memorias de los hombres. Los imperios, las repúblicas, siempre agitadas entre el flujo y reflujo de mil revoluciones, anuncian en sus épocas mas felices, así como en las mas deplorables, el influjo diferente, pero siempre activo y poderoso de la razon humana. La historia de esta presenta un cuadro lleno de variedad, en que una multitud innumerable de objetos revelan por una parte las inspiraciones felices de la virtud, y manifiestan por otra los caprichos funestos del corazon. Un conjunto prodigioso de grandeza y de miseria, de gloria y de oprobio, de verdades

y de errores se ofrece á nuestra vista cuando contemplamos al hombre en general. Pero este, así en lo que tiene de grande, como en lo que presenta de bajo y degradado en el sistema de su conducta, nos manifiesta una fuerza de acción tan poderosa como espontánea; y todos sus hechos suponen por lo mismo la existencia de un secreto principio, notablemente superior á cuanto procede de la materia, y está sujeto al imperio de los sentidos. Tal es la idea con que se nos manifiesta el hombre. Pero ¿cuál ha de ser el término de esta criatura? ¿cuál es el número que ha de servirnos para computar su duración? El vive algunos días, y muy pronto desciende al sepulcro. Un siglo basta para despoblar la tierra. Es fácil computar la vida, pero en extremo difícil representarse el número de generaciones que duermen en el polvo. Mas qué, ¿el hombre muere cuando deja ya de figurar en la escena de la vida humana? ¿Su espíritu, esta porción querida que el Altísimo animó con su aliento divino, y se complació sobremedera en criar á su imagen; su espíritu, repetimos, dormirá también en el polvo juntamente con los restos de su cuerpo? A esta pregunta responden la conciencia, la humanidad entera, la naturaleza misma, Dios en fin, que el hombre no muere todo, y que el alma, cuando ha dejado ya de animar el cuerpo humano, se lanza á otra región, á donde no puede extenderse el dominio del tiempo.

El alma es inmortal: verdad sublime, verdad fecunda que todo lo engrandece, todo lo explica, y que no podría, por lo mismo, desconocerse, sin destruir á un solo impulso todas las verdades, todas las creencias, todas las instituciones. El temor y la esperanza son dos eternas columnas en que descansan igualmente la política y la moral. Las bases de estas columnas están depositadas en una profundidad, donde no ha tocado ni podrá tocar nunca la mano del hombre. Destruíd el dogma de la otra vida, y bien podéis profetizar la universal desolación, el exterminio absoluto de los hombres y de los pueblos. Pero la misma importancia de este dogma, íntimamente ligado con los planes de la Providencia, nos inspira la mayor seguridad respecto de su conservación, persuadiéndonos que no será nunca la presa de las pasiones, ni cederá jamás á los vanos prestigios de una elocuencia corruptora. ¿Dónde está la fuerza que baste á sofocar el agudo y penetrante grito del remordimiento, ó á detener los nobles impulsos de la esperanza? El poderoso, por mucho que le seduzcan los atractivos de la grandeza, ó le deslumbren los brillantes rayos del oro, no dejará nunca de temblar á vista de los tristes resultados de una prosperidad culpable;

y el infeliz aguardará la tumba para reclamar en otro mundo mas bello, la digna recompensa de la virtud perseguida, y los ultrajes hechos á la doliente humanidad.

Cuando se trata de la inmortalidad del alma, parece que deberíamos remitirnos á la conciencia individual, prescindiendo del empeño de una demostración filosófica: sin embargo, diremos algo sobre este punto, porque siempre es muy grato repasar los títulos que tenemos á una ventura eterna. No manifestaremos aquí el sumo interés que tiene la sociedad en fortificar la creencia de este dogma: dejemos las razones de congruencia, para buscar únicamente las pruebas directas que deduce la filosofía de la naturaleza del hombre y del orden moral.

CAPITULO I.

EL ALMA ES INDESTRUCTIBLE POR SU NATURALEZA.

La esencia espiritual de nuestra alma, sus potencias, sus inclinaciones, sus sentimientos mas constantes, son, sin duda alguna, otros tantos argumentos evidentes de su inmortalidad. Cualquiera de ellos, considerado absoluta y separadamente, basta para establecerla y persuadirse de ella: ¿qué será cuando se trata de una reunión de pruebas mutuamente sostenidas y que se dirigen todas á convencernos de esta grande verdad!

Las pruebas tomadas de la naturaleza del alma, comprenden: primero, su espiritualidad; segundo, la acción de sus potencias; tercero, las inclinaciones y sentimientos mas comunes entre los hombres.

¿Qué diremos de lo primero? En el primer libro hemos dado una demostración directa de que el alma es espiritual: esta es una verdad, cuya inmediata consecuencia es la inmortalidad. El cuerpo humano se destruye, porque estando compuesto de partes, y siendo capaces estas de nuevas combinaciones, es muy fácil que separadas aquellas unas de otras, ó combinadas con alguna sustancia capaz de perturbar é impedir el uso de los órganos, ó las funciones animales, produzcan la destrucción del cuerpo y hagan cesar la vida. ¿Y podremos formar el mismo raciocinio respecto del alma? Esta es simple, es inextensa: como simple no tiene partes que se disuelvan; como inextensa, es incapaz de com-